

tructiva, y más como consideraciones personales del autor de esta reseña, que como críticas categóricas, se apuntan.

Las limitaciones de la obra pueden ser agrupadas, simplificando, en dos grandes categorías: las de carácter teórico-conceptual y las de carácter técnico-metodológico.

En relación a las limitaciones de carácter teórico-conceptual, importante porque condicionan los contenidos y estructura de la obra, el primer aspecto a destacar es la auto-imposición por parte de los autores de un marco o realidad administrativa extremadamente rígida: el municipio, que les ha impedido destacar otros marcos territoriales, cambiantes pero más próximos a la realidad geográfica, cual son los de carácter funcional: las áreas metropolitanas, las áreas urbanas, espacios de montaña, espacios litorales, municipios cabecera de comarcas o centros funcionales en ámbitos rurales, así como el desigual papel que éstos han ido jugando a lo largo de la historia del siglo XX.

Conceptos como "área urbana", "corredor", "área metropolitana", "espacios peri-urbanos", "espacios litorales", "espacios rurales", "espacios de montaña" no aparecen en la obra, o aparecen eclipsados y en un muy segundo plano, tras el homogeneizante municipio, molde administrativo rígido, inadecuado —o sólo parcialmente adecuado— para analizar realidades geográfico-territoriales cambiantes y complejas: España queda conformada administrativamente por más de 8.000 municipios, pero geográficamente su poblamiento y su organización territorial se estructura a partir de más de 80.000 entidades de población (de las cuales 30.000 sólo en Galicia y 10.000 sólo en Asturias), hecho éste que, pese a su indudable importancia geográfica no se considera suficientemente en un trabajo en el que se analiza justamente "la distribución de la población sobre el territorio".

Obviamente es más sencillo e inmediato agrupar la información, cuando se presenta, sintetizada por provincias, pese a la artificialidad geográfica de esta unidad administrativa, que por "espacios funcionales": áreas metropolitanas, áreas urbanas, espacios de montaña, etcétera.

También hay que dejar constancia de la ausencia en la bibliografía de trabajos de geógrafos y de algunos economistas que han abordado el estudio de la población en el territorio a partir de marcos teóricos más sólidos y ambiciosos y de bases conceptuales más ricas.

Entre las limitaciones técnicas, sin duda, las principales son las que hacen referencia a la cartografía estadística que se presenta en la obra. Los mapas de coropletas resultan de difícil lectura: ni el tamaño de los mapas ni la elección de colores son los más adecuados, y la ausencia de base administrativa municipal en los mismos —impensable a la escala a los que se representan— tampoco contribuye a su correcta legibilidad.

Por su parte, los diagramas de barras provinciales contienen excesiva información gráfica, y al aparecer ordenados alfabéticamente y no por criterios estadísticos (de menor a mayor tasa de crecimiento) su lectura e interpretación tampoco se ven facilita-

das. Tal vez la representación de esta información estadística a partir de mapas de coropletas habría ayudado a interpretar más fácilmente los cambios que los autores analizan.

El trabajo cabe ser calificado, en suma, de muy valioso en relación a los datos que aporta (cual es la serie homogénea que presenta de los municipios españoles entre 1900 y 2001), que ofrecen, como el resto del libro, en soporte magnético; de destacable con relación a la información estadística elaborada; de poco valioso en cuanto a la elaboración cartográfica, y de escasamente relevante en cuanto al conocimiento: ninguna de sus conclusiones nueva, como sus propios autores honradamente reconocen.

Concluyendo, en este trabajo sobrecargado de páginas impresas, se echan de menos más reflexiones y puestas al día bibliográficas (hecho que explica su debilidad conceptual, teórica y metodológica), a la vez se constata una excesiva dependencia de la información estadística, lo que, aunque no hace caer a los autores en el empirismo ingenuo, tampoco les permite avanzar sustancialmente en el conocimiento científico del análisis espacial de la población.

Sin embargo, tal vez en la debilidad del trabajo está su fortaleza, pues va a permitir a otros autores —o a los mismos autores del estudio, si dan respuesta a las limitaciones apuntadas— empezar nuevos trabajos justo en el punto en los que éste acaba.

La obra, a pesar de las limitaciones señaladas, es necesario insistir una vez más, constituye —este es el hecho verdaderamente importante— una base imprescindible sobre la cual seguir generando conocimiento sobre la población española. No se puede exigir a los autores mayor generosidad ni mayor honradez intelectual.

Pedro Reques Velasco

Universidad de Cantabria

El papel de la mujer en la economía española,

Víalogos Consultoría Corporativa y Grupo Analistas Financieros Internacionales, Biblioteca Víalogos. Can, Fundación Caja Navarra, Pamplona, 2006

Del mismo modo que hoy extrañaría mucho la publicación de un libro sobre la contribución económica de los varones, tal vez algún día resulte un tanto insólito dedicar un estudio a exponer el papel de las mujeres en la economía. Pero, en este momento, todavía parece necesario al menos por dos razones: la primera, porque la aportación de las mujeres a la creación de riqueza nacional y al crecimiento económico en España ha aumentado extraordinariamente en los últimos años (y, como todos los cambios importantes, suscita un justificado interés de análisis); la segunda, porque el valor económico del trabajo doméstico ("invisible" para la contabilidad nacional) que realizan mayoritariamente las mujeres no es reconocido ni apreciado socialmente en su justa medida.

La publicación de *La contribución económica de las mujeres* por la Fundación Caja Navarra responde, por tanto, a un objetivo oportuno y atinado: conocer mejor no sólo cuánto y cómo contribuyen las mujeres a la economía española en la actualidad, sino también qué trabas encuentran en nuestro mercado de trabajo y en nuestra sociedad para desarrollar esa participación. Este nuevo volumen de la colección Biblioteca Viálogos. Can compendia en poco más de 100 páginas una gran cantidad de información bien estructurada, muy exhaustiva y actualizada sobre demografía, educación, empleo, retribución, participación en cargos públicos, desarrollo de la actividad empresarial y conciliación de la vida familiar y laboral, que permite al lector formarse una idea cabal de la aportación específica de las mujeres a la economía española a principios del siglo XXI. Pero, además, el estudio —elaborado por un equipo de trabajo bajo la dirección de José Antonio Herce— ofrece datos y argumentos para especular razonablemente sobre la evolución futura de esa contribución económica.

Lo cierto es que el cuadro que surge a primera vista cuando se examinan los datos de empleo femenino no resulta muy halagüeño: las tasas de actividad de las mujeres entre 15 y 64 años se encuentran bastante por debajo de las de los varones de la misma edad (58 frente a 81 por 100 en 2005); en cambio, los porcentajes de mujeres con contratos temporales y a tiempo parcial son más elevados, así como también la tasa de paro (12 por 100 de la población activa femenina frente a 7 por 100 de la masculina); por añadidura, las diferencias salariales entre hombres y mujeres son notables (y, según la mayoría de estudios sobre este particular, no obedecen exclusivamente a las diferencias de ocupación, jornada y contrato), mientras que las mujeres aparecen como *rara avis* en las elites directivas de las empresas privadas (menos del 5 por 100 de los miembros de consejos de administración) y su presencia paritaria en el gobierno de la nación encubre una inferioridad patente en los altos cargos de las administraciones públicas y de muchos órganos constitucionales. Prácticamente todas las magnitudes laborales referidas a las mujeres salen mal paradas al compararlas con las correspondientes medias europeas.

Sin embargo, esta perspectiva sincrónica difumina la sustancial evolución de los últimos años: por poner dos ejemplos, entre 1996 y 2006 la tasa de actividad femenina ha crecido aproximadamente diez puntos, y sólo entre 2000 y 2005 el empleo femenino ha aumentado cuatro puntos porcentuales sobre el empleo total, superando el 40 por 100 de este último. Además, si las tasas de actividad y empleo se analizan por cohortes de edad y por niveles de estudios, se observa cómo las diferencias entre hombres y mujeres se acortan significativamente en los tramos de edad que incluyen a los jóvenes, así como también a medida que aumenta el nivel educativo.

De hecho, las estadísticas de educación muestran un prometedor potencial económico de las mujeres: las jóvenes españolas registran tasas de escolarización media y superior más elevadas que sus compañeros varones, en tanto que sufren menor fracaso escolar en la educación obligatoria. Aunque España se encuentra a la cola de la Unión Europea en porcentaje de jóvenes con estudios secundarios completados, el de las mujeres en-

tre 20 y 24 años que en 2002 tenían la educación secundaria completa superaba en casi catorce puntos al de los varones (71,9 frente a 58,2 por 100). Y si bien en España el abandono educativo temprano es notablemente superior a la media europea, en 2004 el porcentaje de mujeres entre 18 y 24 años que no cumplía la educación secundaria y no seguía ningún tipo de formación marcaba también catorce puntos menos que el de los varones (24,6 frente a 38,5 por 100). Por lo demás, las mujeres aportan una mayor parte de las matrículas en los niveles educativos postobligatorios, diferencia que alcanza su mayor recorrido en la educación universitaria.

Así pues, las mujeres se forman más tiempo y, al parecer, valoran más la formación y se esfuerzan más en adquirirla. Si, como cabe esperar, el nivel educativo más elevado de las mujeres redundará en su mayor productividad laboral, tal vez se vaya diluyendo progresivamente la tradicional preferencia de muchos empresarios por candidatos masculinos a puestos de trabajo cualificados. Bien es verdad que todo apunta a que se va a mantener la especialización sectorial de las mujeres en la economía (con un peso predominante en el sector servicios, que absorbe en la actualidad a un 85 por 100 de las ocupadas). En efecto, las estadísticas educativas descubren una segmentación por ramas de enseñanza tanto en los ciclos de formación profesional de grado medio y superior, como en los niveles universitarios. Las mujeres se especializan en profesiones relacionadas con la imagen personal, la administración, la sanidad y los servicios socioculturales; las que acceden a la universidad se inclinan por las ciencias de la salud, las humanidades o las ciencias sociales y jurídicas, ramas en las que doblan a los varones. La educación postobligatoria sigue, pues, pautas de género (*gendered patterns*, en expresión habitual de los “estudios de género”), pero en esta cuestión no parece que las mujeres españolas difieran mucho de sus homólogas en otros países de nuestro entorno.

A la luz de estos y otros datos, los autores del estudio prevén “un creciente peso, llamado a continuar en el futuro, de las mujeres en la economía” (pág. 60). Ya en la actualidad estiman su contribución al empleo y la producción regular en un 35 por 100 del PIB (admitiendo probablemente que esta cifra esté infraestimada, tanto porque la participación de las mujeres en la economía informal es superior a la de los varones, como porque la estimación no contempla la posibilidad de la discriminación salarial por género).

Parece, por tanto, altamente probable que en los próximos años asistamos a un progresivo acercamiento del índice de participación femenina en la renta nacional al peso demográfico que poseen las mujeres en la sociedad española. Que así sea depende crucialmente de que ellas sigan mostrando tanto interés por formarse, aumentando de este modo su valor productivo para los empleadores y su capacidad de establecer acuerdos ventajosos con ellos. Pero también depende de la consecución de un reparto más equitativo de ese trabajo que no registran las cuentas nacionales y gran parte del cual se desarrolla en el ámbito doméstico. Según los autores de este libro, la clave del avance de las mujeres en la economía regular no reside en “una política activa de discriminación positiva hacia la mujer en el mercado de trabajo, que desvirtúe a través de precio una asignación óptima de

recursos, sino en una búsqueda sin descanso de la igualdad entre hombre y mujer en todas las labores cotidianas de la familia y de la vida” (pág. 56). Conviene señalar que, en este proceso de búsqueda, las mujeres disponen de un recurso fundamental que aumenta su poder de negociación frente a sus parejas: la maternidad. Si los hombres insisten en mantener su rol tradicional, si se resisten a asumir obligaciones domésticas y familiares, tal vez muchas mujeres jóvenes y bien formadas “no negocien” (como afirma el sociólogo Luis Garrido), decidan volcarse en su profesión y se planteen posponer o abandonar la maternidad antes que sacrificar su carrera laboral. Los hombres que deseen formar una familia con hijos tienen, por tanto, poderosos incentivos para colaborar en esa búsqueda de mayor igualdad entre los sexos. No es sólo una cuestión de justicia de género ni de cultura cívica, sino también de racionalidad estratégica e interés personal.

Cantidad, calidad y diversidad son los tres conceptos en los que los autores de este libro resumen acertadamente la contri-

bución de las mujeres a la economía española. La cantidad refleja el enorme aumento de mujeres trabajadoras y, en el fondo, la democratización del empleo femenino “de abajo hacia arriba” (ya no trabajan sólo las mujeres de las clases populares, sino también las de las clases medias y muchas de las clases más altas). La calidad hace referencia a que “las mujeres aportan otra sensibilidad, otra forma de priorizar, otra manera de crear alianzas, visiones y estrategias” (pág. 9). Finalmente, la diversidad alude a la coexistencia de generaciones de mujeres con perfiles educativos y laborales muy distintos: las más jóvenes estudian; las adultas trabajan en casa y, cada vez más, fuera de ella, ayudadas por sus madres y por otras mujeres inmigrantes que cuidan de niños, enfermos y ancianos. Y todas ellas favorecen el afloramiento progresivo de lo que en este provechoso estudio se denomina el “iceberg económico femenino”.

Elisa Chuliá
UNED y FUNCAS